

Borges y los clásicos de Grecia y Roma

De mí sé decir que soy lector hedónico; nunca he leído un libro porque fuera antiguo. He leído libros por la emoción estética que me deparan y he postergado los comentarios y las críticas.

J.L. Borges

Entre las varias lenguas que Borges aprendió no estaba, ciertamente, el griego antiguo. Pero sí el latín, por el que sentiría una aguzada nostalgia en sus últimos años, ese latín de Virgilio¹. Fue en los versos del gran poeta —repasados escolarmente en su adolescencia en Ginebra y en Mallorca— donde seguramente aprendió

¹ Cfr. E. Rodríguez Monegal, Borges. Una biografía literaria, trad. esp.^a, México, 1987, págs. 103-104. Como ahí señala E.R. Monegal, «el latín se convirtió en su cuarto código. Aunque no llegaría a ser uno de sus principales idiomas (más tarde mejoró su dominio del latín en Mallorca), con él Georgie consiguió una firme estructura de sintaxis y una disposición alerta ante la etimología, que más tarde se reflejarían en el estilo de su prosa. Combinado con el francés, el latín eliminó la vaguedad retórica inherente al español y la poca firmeza del inglés del siglo XIX. Aprender simultáneamente ambos idiomas (latín y fran-

cés) dio a Georgie la disciplina lingüística de la que después Borges haría tan buen uso». Sobre su latín en Mallorca, cf., pág. 137. Borges reconocía la importancia de ese conocimiento. En una entrevista con J.M. Ullán (en «Culturas» de Diario 16, de 16 de junio de 1985), comentaba: «En la Universidad los comunistas han encontrado una trampa. Dicen que el estudiante puede optar por el griego, el latín, el inglés, el italiano, el ruso, el alemán... Eso quiere decir, ni más ni menos, que el estudiante puede prescindir del latín y del griego. Se trata, en consecuencia, de una opción falsa. Está hecha para matar las

humanidades. Optar por quiere decir realmente prescindir de. Si el estudiante puede recibirse de doctor en Letras sin conocer las lenguas básicas, eso tiene un nombre: incitación a la pereza».

En repetidas ocasiones alude Borges a su desconocimiento del griego, aunque gusta de citar —según recuerda María Kodama— algún verso homérico en su vejez, como el de Andrómaca a Héctor (en Iliada, VI, 429-430): Héctor, atâr sy moi éssi patêr te kaî pótnia méter... Por otro lado, le gustaba reconocer la tradición que comienza para nosotros en Grecia.

«Creo que nosotros, más allá de las vicisitudes de nuestra sangre, somos dos cosas: griegos y hebreos. Somos griegos porque Roma no fue otra cosa que una extensión de Grecia. Uno no concibe la Eneida sin la Iliada, la poesía de Lucrecio sin la filosofía epicúrea, a Séneca sin los estoicos. Toda la literatura y la filosofía latinas están basadas en la literatura y filosofía griegas. Por otro lado, podemos creer o no creer en el cristianismo, pero es indudable que procede del judaísmo». (Entrevista con Rita Guibert, recogida en J. Alazraki, ed., Jorge Luis Borges. El escritor y la crítica, Madrid, 1976, pág. 353).

² Muchas veces ha reconocido Borges esa deuda con su padre. (Cf. E.R. Monegal, op. cit., págs. 94-95). Cf. p.e., el prólogo a *El oro de los tigres* (1972) citado luego.

³ Ciertamente Borges había leído muchos textos griegos y comentarios sobre los clásicos que sólo esporádicamente surgen en citas sueltas o alusiones. Así, p.e., el verso de Esquilo, «el incendio, con feroces mandíbulas, devora el campo» le sirve de punto de partida para una interesantísima disquisición en *El idioma de los argentinos* (cf. E.R. Monegal, págs. 192-193 y 300 en o.c.) y la frase encontrada en una Historia de la literatura griega de que Esquilo «introdujo un segundo actor» le lleva a sutiles comentarios en «El pudor de la historia» (en *Otras inquisiciones*). La frase estaba, como esa Historia, en inglés: He brought in a second actor). En la publicación de la Biblioteca Nacional de Madrid, en 1986, titulada *Borges, que selecciona algunos textos y críticas y excelentes ilustraciones, se ofrece una muy larga lista de los autores citados por él a lo largo de sus obras. Aunque el catálogo resulta algo incompleto, es enormemente útil y permite hacerse una idea clara de la variedad de sus lecturas. Son muy numerosos los clásicos antiguos, incluyendo escritores menores, como Apolodoro, Anacreonte, Anaxágoras, S. Ambrosio, Apolonio, junto a Apuleyo, Aristóteles, etc. Muchas de esas lecturas las haría Borges en inglés, por supuesto, como por ejemplo, a Homero lo leyó, fundamentalmente, en versiones inglesas.*

a percibir la persistente melodía de «la antigua cadencia del hexámetro», la magia de algunos adjetivos (como «lento» y «arduo») y la fascinación de la luna amistosa en los poemas.

¡Cuántas veces, en sus poemas tardíos, invoca el nombre del poeta latino! El ciego debe recurrir a su memoria para repoblar su mundo de imágenes y el anciano vuelve con gusto a los recuerdos de su juventud. De tal modo, esas reiteradas invocaciones a Virgilio y al latín en las poesías de senectud de Borges son rescoldos y ecos de los años de su juventud, de lejanas lecturas reavivadas luego, en los largos insomnios y años de soledad.

De Homero recuerda Borges singularmente la ceguera, que decidió su destino, desviándolo de la acción al canto y la literatura. Es «el hacedor» por excelencia. En la ironía subyace una etimología griega: «hacedor» es *poietés*, en griego, el poeta creador. De sus dos epopeyas recuerda sobre todo la *Odisea*. Con Heráclito, Ulises es uno de esos símbolos griegos que obsesionaron a Borges.

Otros temas de origen helénico son el laberinto —con su angustioso Minotauro—, la saeta eleática no más veloz que la tortuga de Zenón, el río de Heráclito hecho de tiempo y agua, y esa anhelada Itaca que tal vez no retendrá a Ulises.

La primera mitología que, de niño, frecuentó Borges fue la griega. Su primera obra —escrita en inglés, a los siete años— fue un manual de mitología clásica. En ese librito augural estuvo su primera descripción del laberinto de Creta, prototipo de otros.

De su padre, profesor de psicología, escéptico, heredó también la afición a meditar sobre las aporías eleáticas y las ideas platónicas². La refutación del tiempo y del espacio, que Borges perseguirá en tantos textos, es una secuela de las charlas con su padre en los años de su niñez. Una y otra vez volverá Borges, a lo largo de decenios, a las mismas imágenes: el laberinto, la tortuga que Aquiles no logra alcanzar, el tiempo que se vuelve sobre sí mismo, el río en el que no podemos bañarnos dos veces, y que está hecho de tiempo, como nosotros.

Los temas clásicos ocupan en la obra de Borges un lugar menor que en otros grandes escritores latinoamericanos admirados por él. No siente ese fervor por lo helénico idealizado que tuvieron Rubén Darío y Leopoldo Lugones, ni ese conocimiento profundo y extenso que tuvo Alfonso Reyes, gran helenista. Sin embargo, esas alusiones a algunos símbolos griegos y, en menor medida, a algunos textos clásicos, significan bastante en su obra escrita³.

Me parece importante, especialmente importante y sugerente, la abundancia de alusiones a esos símbolos y textos en los poemas de su vejez que, a mi parecer, retoman nostalgias, inquietudes, obsesiones, de toda su vida. Es más, en su mayoría, esas imágenes reiteradas y obsesivas responden a improntas de su adolescencia y su niñez.

La poesía de Borges es, en una gran medida, como la de los poetas helenísticos, un *arte allusiva*. Procede por evocación de otros textos y quiere suscitar ecos con sus numerosos nombres propios y citas vagas o precisas. Toda la obra de Borges es la de un escritor que se recrea en jugar con la tradición literaria y en mezclar

lo vivido con lo leído, el mundo y la biblioteca confundidos. Sus escritos tienen vocación de palimpsestos (en el sentido del libro de G. Genette)⁴, y sus poesías más íntimas suelen encerrar algunas ventanas hacia ese pasado libresco. Como en un viejo poeta alejandrino.

Según el catálogo de citas del libro editado por la Biblioteca Nacional de Madrid en 1986, Homero está citado 65 veces en sus obras. La lista de este volumen antológico, titulado *Borges*, resulta útil para un vistazo de conjunto y para advertir sus preferencias. Virgilio está nombrado 56 veces y Platón 52. Quedan algo por debajo de Shakespeare (113), Dante (77), la Biblia (95) y Lugones⁵. Homero está citado, además, en casi treinta obras. Si añadimos que muchas veces no se le cita a él, pero sí a un personaje o a una escena de la *Odisea*, p.e. a Ulises y a Proteo, y contamos estos pasajes, tal vez sea Homero el autor más veces evocado en la obra de Borges⁶.

Pero éste suele reducir los nombres a símbolos y reitera las alusiones a un mismo

⁴ G. Genette, *Palimpsestos. La literatura de segundo grado*, trad. esp.^a, Madrid, 1989. Ya lo ha señalado J. Alazraki, en *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*, 3.^a ed., Madrid, 1983, págs. 428 y ss.

⁵ Según los datos del mencionado catálogo, Lugones está tan citado como Shakespeare, pero hay que tener en cuenta que la mayoría de esas citas están en el libro (redactado con Bettina Edelberg) Leopoldo Lugones.

⁶ Junto con Cervantes, citado 60 veces según el catálogo, pero muchas más si se cuentan las alusiones al Quijote. Como ya he anotado, Borges encuentra en la mítica ceguera de Homero un rasgo que le aproxima al viejo aedo, y prefiere la *Odisea* a la *Iliada*. Lo reconoce muy claramente en sus charlas con R. Burgin. Permítanme una cita algo larga, pero muy interesante, de Richard Burgin, *Conversaciones con J.L. Borges*, trad. esp.^a, Madrid, 1974, Taurus, págs. 98-99:

«Burgin: *Habla de Homero y, desde luego, Homero aparece continuamente en sus escritos. Por ejemplo, escribió una parábola sobre él llamada «El hacedor».*

Borges: *Creo que al escribir aquello sentía cierto romanticismo en el hecho de que él era consciente de su ceguera y, al mismo tiempo, consciente de que la Iliada y la Odisea caminaban hacia él, ¿no?*

Burgin: *Usted habla a menudo de aquellos momentos en que la gente se encuentra a sí misma.*

Borges: *Sí, eso es. En fin, aquel pudo ser el momento de Homero. Y también, supongo, he debido de sentir lo mismo cuando escribía el poema sobre Milton. Creo haber sentido que su ceguera, en cierto aspecto, era un regalo de los dioses. Porque, entonces, claro, cuando el mundo lo había olvidado, él fue libre de descubrir o inventar —ambas cosas significan lo mismo— su propio mundo, el mundo de lo épico. Supongo que esas eran las dos ideas que había en*

mi cabeza, ¿no?. Primero la idea de Homero consciente de su ceguera y al mismo tiempo pensando en ella como en algo positivo, ¿no?... Burgin: Usted es un enamorado de Homero, ¿verdad? Borges: No, a mí me gusta la Odisea pero no me gusta la Iliada. Su personaje principal me parece tonto. Quiero decir que no se puede admirar a un hombre como Aquiles, ¿no?. Un hombre continuamente malhumorado, enfadado porque la gente ha sido injusta con él y que termina por enviar a su padre el cuerpo del hombre que ha matado. Desde luego todas esas cosas son bastante normales en aquellas historias, pero no encuentro nada noble en la Iliada...

Bueno, puede que haya dos ideas nobles en la Iliada. La primera es la lucha de Aquiles por subyugar una ciudad en la que él nunca entrará, y la segunda que los troyanos luchan en una batalla sin esperanzas porque saben que al fin caerá la ciudad. Ahí existe cierta no-

bleza, ¿verdad?. Pero me pregunto si Homero pensaba lo mismo».

También aquí encontramos lo ya advertido. Borges escribió «El hacedor» cuando ya se había quedado ciego (cerca de 1960), y contempló el destino de Homero, internándose a la par en los poemas y la ceguera, como un preludio de su propio destino, gratificado por «los libros y la noche».

La superioridad de la Odisea sobre la Iliada es una elección muy subjetiva: lo novelesco se impone a la auténtica épica, la del coraje y los feroces y espléndidos combates heroicos. Convendría, tal vez, destacar que Borges no pudo apreciar la magnificencia del hexámetro homérico en griego, y que no parece tener en mucho la arquitectura del gran poema bélico, ni la belleza de sus epítetos formularios y de sus largos símiles característicos. Creo que esa preferencia por la Odisea se debe a una lectura de juventud y en lengua inglesa.

motivo o a una misma imagen. Heráclito (citado 34 veces según ese catálogo⁷, y dos más en *La moneda de hierro*, donde se le dedica un poema entero) es siempre el pensador del río incesante. Siempre se le cita por el fragmento 91 DK, que viene de Platón: «todo fluye», «no podemos bañarnos dos veces en el mismo río». Somos un río de tiempo, glosa Borges, todos somos Heráclito y, sobre todo él, Borges. Quizás en algún texto late una alusión al fuego como principio cósmico, pero todo el resto de los fragmentos del presocrático no son citados nunca. Otro presocrático citado es Empédocles —por ese fragmento en que recuerda varias metamorfosis: «He sido un niño, una muchacha, una mata, un pájaro y un mudo pez que surge del mar»—, y también Pitágoras, evocado en relación con el eterno retorno.

Con respecto a Homero, notamos que prevalecen dos motivos en sus reiteradas evocaciones. En primer lugar, es el bardo ciego; el poeta al que la progresiva ceguera obliga a renunciar a los esfuerzos de la guerra para dedicarse a cantar las hazañas de otros. Borges ve en la leyenda del aedo ciego un anuncio mitológico de su propio destino. En segundo lugar, es el creador de la *Odisea*, que Borges prefiere con mucho a la *Iliada*. (Como, entre las obras de Virgilio, prefiere la *Eneida*, con su héroe errabundo y fatídico).

La afición mitológica

A los siete años el pequeño Georgie había escrito un libro o algo parecido, «un manual en inglés, de unas diez páginas, sobre mitología griega». Así lo recordaba Borges en sus conversaciones con Burgin: «Debió de haber tenido unas quince páginas, con la historia del Vellochino de Oro y el Laberinto y Hércules, que era mi favorito, y después algo sobre los amores de los dioses, y la historia de Troya. Eso fue lo primero que escribí»⁸.

Muchos años más tarde, Borges en su *Manual de zoología fantástica* (ampliado luego en *El libro de los seres imaginarios*) y en *Antiguas literaturas germánicas* sigue escribiendo resúmenes de textos mitológicos. Siempre tuvo, desde la niñez, una incansable afición por la mitología. Primero la griega, y luego la germánica y nórdica. En sus versos alterna Homero con Snorri Sturlusson, Troya y Ulises están evocados junto a las espadas de hierro de los anglosajones. La nostalgia de la épica le viene de la niñez y está ligada a ciertos arquetipos míticos. («El repetido remo de Jasón, la joven espada de Sigurd», coinciden en un texto de *La rosa profunda*. Y hay otros ejemplos semejantes).

No son muchos los poemas enteros de contenido mitológico griego: en *El otro*, el mismo encontramos «Edipo y el enigma» (pág. 260), en *La rosa profunda*, dos sonetos sobre Proteo (págs. 443-444), en *Historia de la noche*, un vehemente «Endimión en Latmos» (págs. 524-525). Pero son muchas las menciones rápidas de alguna otra figura —Aquiles, Helena o Jasón, por ejemplo—. Sobre este héroe y su gesta —la del Vellochi-

⁷ Y en veinte obras distintas; aproximadamente la mitad en los textos poéticos.

⁸ Cf. R. Burgin, *Conversations with J.L. Borges*, Nueva York, 1968, págs. 23. (Cf. E.R. Monegal, págs. 88-89). Hay trad. esp.^{a.}, Madrid, 1974.